

REY. —El que te postres
á mis piés, me prueba poco
la lealtad de tus acciones.

ROD. —¿Quién dáros habrá podido
de mí tan malos informes?

REY. —Tu propio rostro. El que mira
con atención á los hombres,
escritas en el semblante
siempre lee las intenciones.

ROD. —Yo sentía...

REY. —Tú no debes
sentir, no. Tus superiores
piensen, sientan en buen hora,
ya que así Dios lo dispone:
son cabeza, y tú eres brazo,
y el brazo jamás conoce
de sus varios movimientos
los misteriosos resortes.
Se leal, nunca discurras
y obedece: este es el orden

ROD. —Bien, señor.

REY. —Y doña Juana
¿qué hace?

ROD. —Llorar.

REY. —Como el golpe
de mi cólera sobre ella
descargó... más... sufra, llore,
llore á mares, ya que guarda
tantas consideraciones
con su esposo.

ROD. —Naturales
afectos.

REY. —Pero se oponen
á la justicia y no pueden
ser buenos.

ROD. —Señor, entonces
¿amar el hijo no debe
al padre?

REY. —Si le anteponen
á su Dios y Rey mal hace
pues contribuye al desorden.

ROD. —Verdad es.

REY. —¿Y no se queja?

ROD. —A veces. (Pensativo.)

REY. —¿De mis rigores?

ROD. —De su desgracia.

REY. —No es leve;
pero tú tendrás la noble
misión de darla consuelo
y de hacerla exhortaciones
saludables.

ROD. —Silencioso
siempre la escucho.

REY. —Tu norte
debe ser este: «*silencio
y lealtad,*» que mientras obres
así no podrán faltarte
mi estimación y favores.
Ve y á doña Juana avisa
que quiero verla.

ROD. —Voy.

REY. —Corre.

(Vase Rodrigo.)

ESCENA V.

El Rey sólo.

Alguna pasión extraña
 Vázquez en su pecho esconde.
 ¡Quién sondeará los abismos
 que abrir pueden las pasiones!
 El duda, teme, vacila
 y siempre que me responde
 antes lo piensa. Sospecho...
 ¡Quiera Dios que me equivoque!
 Es preciso que sucumba
 el que vá de corte en corte
 mis secretos publicando;
 mas es el cielo de bronce
 á mis plegarias. Yo vivo
 muriendo, yo paso insomne
 las noches entre delirios
 y espantosas ilusiones.
 Apenas busco el reposo
 en mi lecho, ansiando floten
 ligeros sueños alados
 en torno á mi frente, rompe
 con su mano despiadada,
 envuelto en negros vapores
 un fantasma el velo frágil
 puesto á mis ojos, que inmóviles
 le miran... ¡es Escobedo!
 ¡Sangre de su herida corre!
 ¡Sangre que pide justicia!
 ¡Sangre que con peso enorme
 mi alma abrumba! No, no es fácil
 que mucho tiempo soporte

una vida de tormentos
 semejantes; los traidores
 paguen su deuda; su muerte
 calmar las agitaciones
 de los espíritus pueda;
 yo tranquilo, sin terrores
 vivir; y fieles, sumisos,
 sin nuevas alteraciones,
 en paz mis buenos vasallos,
 mis honrados españoles.
 Pero... ¡Silencio!... ¡Cautela!...
 porque las paredes oyen.

ESCENA VI.

El Rey. Doña Juana (que entra.)

JUA. —¡Señor! (Se arrodilla.)
 REY. —Levántate. Vengo
 á perdonar.
 JUA. —Vuestro nombre
 alabaré.
 REY. —Mas escucha
 primero las condiciones.
 JUA. —¡Señor!
 REY. —Quiero esos papeles
 que tú guardas.
 JUA. —No se donde
 los tengo... los he perdido.
 REY. —¿Me los niegas?
 JUA. —Sus azotes
 sobre mí, sobre mis hijos
 el cielo, si miento, arroje.
 REY. —¿Tú quieres que yo no cumpla

un deber que Dios me impone?
¡Malvado es también cualquiera
que á los malvados socorre!

JUA.

—¿Qué haré yo?

REY.

—Ser obediente.

JUA.

—No puedo.

REY.

—Pues en prisiones

pasarás la vida entera
con tus hijos: los fulgores
nunca del sol en tus ojos
has de ver... ¡eterna noche
y soledad... llanto eterno
para todos los traidores!

JUA.

—Ni la prisión que me aguarda,
ni las cadenas que forjen
en los profundos abismos;
ni la sombra do se acogen
del puro sol rechazados
espectros aterradores;
ni el vivir donde no escuche
nunca las humanas voces;
ni el pensar que sobre mí
la bóveda se desplome
de los cielos; es bastante
para causarme temores;
que quien halla su conciencia
limpia siempre, y en Dios pone
como yo sus esperanzas,
no hay peligro que no arrostre,
pena que no desafíe,
ni vé poder que le asombre,
y en el estrecho tugurio
que la miseria carcome,

donde las tinieblas velan
llantos, hambres y aficciones,
tiene músicas, aromas,
paz y amor y luz y flores
y una alma libre que el éter
con ráudas alas recorre.

REY.

—Pues si vives tan dichosa
en esta prisión no implores
mi gracia.

JUA.

—Tomad mi vida:

mi sangre inocente borre
los crímenes de mi esposo:
si necesario es que inmolen
alguna víctima, acudan
al instante los sayones:
arme de acero el verdugo
su brazo espanto del orbe,
pero soltad á mis hijos:
muera yo, más ellos gocen
de libertad y descanso
bajo el sol de otras regiones.

REY.

—Los pecados de los padres
pagan los hijos.

JUA.

—¡Oh pobre
justicia humana!

REY.

—Tú puedes
redimirlos.

JUA.

—¿Cómo?

REY.

—Ponme

al punto de ese secreto
en posesión. No me enojés.
Salvarlos ó condenarlos
solo á tí te corresponde;
pero tu esposo ya es fuerza

JUA. que sucumba, no lo ignores.
—¿Qué quereis, señor, que diga?
De la tumba helada al borde
inquieta gimo esperando
ver si piadosa me acoge.
Si en vano mis juramentos,
si estériles mis clamores
son, no extrañad que afanosa
las nobles sombras evoque
de aquellos que ya no existen
sino entre fúlgidos soles
y en santa perenne lumbre.
¡Cielos, sed mis defensores!
REY. —¡Hipócrita, para Dios
poco sirven tus ficciones!
Vázquez.

ESCENA VII.

Los mismos. Vázquez (entrando.)

VAZ. —Señor.

(El Rey se separa algo de D.^a Juana para hablar con Vázquez.)

REY. —Yo te ordeno
que tu cuidado redobles:
que en la faz de doña Juana
nunca el sol sus rayos pose:
que ya no pueda con nadie
tener comunicaciones. (Váse.)

ESCENA VIII.

Doña Juana. Rodrigo Vázquez.

ROD. —Siento anunciaros lo que el Rey me
[ordena.

JUA. —¿Qué manda el Rey? Decidlo sin reboso.
¿No mirais bien mi faz? Estoy serena.
ROD. —Manda que os ponga en negro calabozo.
JUA. —Sus órdenes cumplid, que yo mi pena
sufriré.
ROD. —¿Sin llorar?
JUA. —Y hasta con gozo,
que soy leal y obedecer me toca.
ROD. —¡Doña Juana, por Dios, vos estais loca.
JUA. —¿Y durará el rigor?...
ROD. —Mucho. Hasta tanto
que entregéis el secreto. Vuestra ejida
el és, sí: ceded... ¡pronto!
JUA. —¡Cielo santo,
entonces durará toda mi vida!
Yo no lo tengo, lo perdí.
ROD. —Del llanto
y el horrible dolor en que sumida
estás, pienso librarte, y á eso vengo.
Yo lo puedo entregar, que yo lo tengo.
JUA. —¿Vos?... ¡Por piedad... volvédmelo!
ROD. —No esperes
que débil te complazca. Yo señora,
ansío hacerte feliz, aunque no quieres
serlo tú.
JUA. —¡Dadlo ya! ¡Mirad que implora
una honrada mujer! (Llorando.)
ROD. (Aparte.) —¡Oh, qué placeres
del abismo! Su llanto me enamora.
JUA. —Dadme pues el depósito sagrado.
ROD. —Lo tiene el Rey: al Rey está entregado.
JUA. —¡Mentís!

- ROD. —Calmad esos arranques fieros
y escuchad mis palabras.
- JUA. (Variando de tono.) —Yo confío
en que nunca los nobles caballeros
de engaños usan.
- ROD. —¡No, jamás, bien mío!
Vuelva el claro fulgor á esos luceros
que de perlas derraman ancho río:
parte, lleva tus hijos; sé dichosa.
¡Yo iré como tu esclavo, Juana hermosa!
Lejos de aquí... doquiera... en los confines
del mundo... en los desiertos arenales
del Africa feroz... entre ruines
malezas... en incultos eriales,
me ofrecerán espléndidos festines,
tus palabras: delicias celestiales,
tus miradas de amor; que en tí se encierra
cuanto de bello y noble hay en la tierra.
- JUA. —¡La cárcel, las cadenas, el verdugo!...
Cumplid como leal. Yo resignada
sufro el destino que á los cielos plugo
darme, y en llanto de dolor bañada;
mas no de la pasión sujeta al yugo:
ya que viva infeliz, que muera honrada.
- ROD. —¿No pides libertad? ¿Mi amor condenas?
- JUA. —Sólo puedo pedirte las cadenas.
- ROD. —¿Y tus hijos, mujer?
- JUA. —La suerte de ellos
queda á cargo de Dios, y Dios es justo:
sabrà contra los hombres protejellos
con firme brazo, con poder robusto.
Quizás de su justicia los destellos
mi fe iluminen, su semblante augusto

- me mire con bondad, su fuerte mano
tenga á raya el furor del soberano.
- ROD. —Calla, heroica mujer, mujer sublime
que en tanto que mas hablas más te adoro
y en mí su sello Satanás imprime
cuando en tí Dios derrama su tesoro.
Ten compasión del réprobo que gime
viendo cerca el Euen, su sueño de oro:
tea de mi amor piedad: soy muy pequeño:
esclavo tuyo fuí, quiero ser dueño.
- JUA. —¿Qué has osado decir?
- ROD. —Queya mi muerte
miro llegar, si de tu labio puro
no sale una palabra...
- JUA. —Pero advierte...
- ROD. —No puedo discurrir, yo te lo juro,
si un claro rayo de su luz no vierte
Dios, que ilumine mi cerebro oscuro.
¡Tú que eres buena, generosa, santa,
quita el dogal que oprime mi garganta!
- JUA. —¡Jamás!
- ROD. —Mira esta carta que el infierno
puso en mis manos.
(Doña Juana la lee sin que Rodrigo la suelte.)
Si mi amor, altiva,
á rechazar te atreves, ¡lloro eterno!
pronto el Rey la verá. Si compasiva
templas las llamas del volcán que interno
me devora, la paz, la dulce oliva
te ofreceré.
- JUA. —¡Piedad!
- ROD. Piedad no esperes.
¿Tú la tienes de mí, tú que me hieres?

JUA. ¡Ah! ¡por Dios, por el sumo Dios que mora
sobre los astros; por tu noble padre,
que tal vez goce de peremne aurora;
por la honrada memoria de tu madre;
por tus hijos, tu luz encantadora;
por lo que más tú quieras, más te cuadre;
desiste al fin de tan tirana idea!

ROD. (Con frialdad.)

—Soy fiel, y es justo que inflexible sea.

JUA. —¡Veré un ángel en tí: mis bendiciones
te seguirán doquier: con llanto á mares
alzaré siempre á Dios mis oraciones
porque colme tus dichas: tus pesares,
mis dolores serán: de tus acciones
yo la Fama he de ser: donde pisares
he de imprimir frenética mi boca!

ROD. —Servir al Rey, obedecer me toca.

JUA. —Te daré mis riquezas, que anhelando
estás, aunque de harapos yo cubierta
tenga tal vez que mendigar llorando
de mis hijos el pan de puerta en puerta!
Si no es mi honor, que vivo idolatrando
y habré de amar hasta después de muerta,
todo tuyo será si en el momento
rasgas la carta.

ROD. —¡No!... tu amor... tu aliento.

JUA. —¡Miserable!... ¡traidor!

ROD. —Bien. Daré parte.
del hecho al Rey.

JUA. —¿El ronco mar no brama
amenazando en su furor tragarte?
¿Sus centellas el cielo no derrama
sobre tu frente vil? ¿Por castigarte

el universo entero no se inflama
en fuego impuro que tu bien corone?
¡Maldición sobre tí!

(Mudando de tono.) —¡Dios te perdone!
(Cae el telón.)



LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

ZARZUELA EN UN ACTO

PERSONAJES

Doña SABINA, VIUDA.
CONCHITA, SU HIJA.
DON FEDERICO.
DON ARTURO.
CLARA, CRIADA.

*La escena en Madrid, en casa
de doña Sabina.*



LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

ZARZUELA EN UN ACTO

Y EN VERSO

Sala decentemente amueblada; puerta al fondo y laterales.

ESCENA I.

Clara (limpiando las sillas.)

(Número 1.º de música.)

—Pues, señor; no aguanto más:
no quiero servir en casa
donde el trabajo me sobra
y el alimento me falta.

Y á todas horas mintiendo
para sostener la farsa
de unos señores de pega,
que piden y á nadie pagan.
Todo el día buscando *primos*,
empeñando alguna halhaja,
acribillando al que fia,
y adelante con la trampa.
Y después vaya usted viendo;
si preguntan por el ama
conteste (mientras la oyen
hablar dentro): «No está en casa;
ha salido.» Y oiga luego
los piropos que me *largan*
de «alcahueta, encubridora»;
y esto los que mejor hablan;
que otros dicen «agua va»,
y echan una rociada
de improperios, que me ponen
como una ropa de pascua.
Pero no tardará mucho
que busquen otra criada,
que sepa hacer más papeles,
que yo soy...

D.^a SABINA. (dentro) —¡Clara, Clara!

CLARA. —¡Y poco clara que soy!

D.^a SAB. —¿Dónde te has ido, muchacha?
¿No oyes que te estoy llamando?

CLARA. —Estoy limpiando la sala.
(¡Qué gruñona es esta vieja!)

D.^a SAB. (entrando) —Es necesario que vayas
á la tienda de la esquina
y azúcar y café traigas.

ESCENA II.

D.^a Sabina y Clara

CLARA. —¿Y cuándo llevo el dinero
que se debe?

D.^a SAB. —Charlatana:
quién te autoriza á meterte
en camisa de once varas?
¿Vas á pagarlo tú acaso?

CLARA. —Como que yo hago la trampa,
era lo más natural
que también fuese á pagarla.

D.^a SAB. —Como eso no es cuenta tuya,
tú haces lo que te se manda,
y de hoy en adelante
trabaja, ve, oye y calla.

CLARA. —Pero es cuenta del tendero,
que me pone mala cara;
y es que como todavía
no le he llevado una blanca...

D.^a SAB. —Lo cual te debe importar
mucho menos que á tu ama,
y á mí se me importa un bledo.

CLARA. —¡Pues á mí me importa, vaya!
Como que voy sin dinero,
muchas veces me despachan
no dándome lo que pido,
sino á cajas destempladas.

D.^a SAB. —Los tenderos de Madrid
son la gente más canalla
que el universo cobija!
¡Jesús!

CLARA. (ap.) —(¡Pues no sé quien habla!)

D. SAB. —Mira, llégate allá dentro

y dí á mi yerno que haga
el favor de darte un duro,
y te traes lo que hace falta.

CLARA. —¡Gran recurso!

D.^a SAB. —¿Qué murmuras?

CLARA. Digo, que no haremos nada,
porque está don Federico...
(ap.) más tronado que las ratas.
Pero en fin, se lo diré;
yo en ello no pierdo nada. (Váse)

ESCENA III.

Doña Sabina sola.

—Gracias á Dios que no oigo
el eco de tus palabras,
que hablas más que diez cotorras
é incomodas más que hablas.
¡Ay! quién pudiera vivir
sin necesitar criadas,
que es un castigo constante
que atormenta á quien las paga!
Ellas en cualquier asunto
han de meter su cuchara;
con todo tienen que ver:
si una debe, si una habla,
si se acuesta más temprano,
si más tarde se levanta,
si tiene muchos vestidos,
si no tiene ropa blanca...
Y para eso, las que tienen
ínsulas de nobles damas,
como á Clara le sucede,
porque su padre llegara

de soldado á Capitán,
que no hay quien pueda aguantarlas.
En fin; yo quisiera ver
la mejor... en una estampa.

ESCENA IV.

Doña Sabina y Clara, que vuelve.

CLARA. —D. Federico me ha dicho
que va á poner una fábrica
de velas, que está por dos
idem, hace una semana,
y que no vaya otra vez
con semejante embajada;
que avise cuando esté listo
el almuerzo, que ya tarda;
porque tiene que salir
y ya las once son dadas.
Conque diga usted, ¿ahora
qué dispone que yo haga?

D.^a SAB. —¿Pero eso te ha contestado?

CLARA. —Con la boca de la cara;
¿cómo se dicen las cosas?

D.^a SAB. —¡Esto solo me faltaba
que pasar! Yo mantenerle
sin dar un cuarto en la casa,
sin hacer más que mandar,
y á todo ponerle faltas;
como el que siempre ha tenido...

CLARA. —Poco fondo y gran fachada;
ya lo he dicho antes de ahora,
al fin andaluz... y basta.
Aquí, no hay que darle vueltas,